

EL BLUES DE LOS PARADOS¹

Existe un camino que serpentea, se bifurca y se enrosca a través de Estados Unidos, y a lo largo de ese camino yacen las ilusiones y las esperanzas malogradas de una época. No es tanto una conexión de destinos como la definición de una experiencia descrita con diversos eufemismos pero que ahora se percibe de manera más honesta como de decadencia. Una generación atrás este camino tenía un nombre, el *rust belt*, el cinturón de la industria pesada y la producción en masa estadounidense situado en los Estados nororientales del país en torno a los Grandes Lagos, y las antiguas fábricas de humeantes de sus áreas más emblemáticas –corredores de la siderurgia como Lake Shore Road, en Lackawana, la autopista estatal 422 en Youngstown, la autopista Cline Avenue y las carreteras que desembocan en ella desde la parte sur de Chicago hasta Gary, Indiana– podían alimentar engañosamente la creencia de que los empleos, los ingresos y la seguridad perdidos eran un fenómeno geográfico en el que la amargura fue la condición inevitable de las viejas ciudades e industrias mientras el progreso brotaba, extendiendo sus beneficios, en otros escenarios más flamantes. A día de hoy, el camino también se abre paso en estos escenarios a través del Nuevo Sur –que si algo tuvo de nuevo fue su recién descubierta cualidad de explotable–, para descender la Autopista 10 de Estados Unidos atravesando la devastada costa de la región del Golfo, y en lo que se dibuja como un horizonte interminable, desgarrar el interior del país, zigzaguear por el oeste, y alcanzar por fin la pastoral figurada de los suburbios, donde calles llamadas Thornclyff o Sparrow Bush no suponen ninguna barrera al despido, el endeudamiento, el recorte de las jubilaciones, o la angustia.

Ninguno de los principales partidos políticos transita este camino, y aún no existe movimiento político alguno para articular el dolor de sus destinatarios o dar forma a su efectiva rebelión. Las sonadas elecciones a mitad del periodo presidencial actual pueden no afectar a esta trayectoria porque tanto demócratas como republicanos aceptan sus coordenadas

¹ Louis Uchitelle, *The Disposable American. Layoffs and Their Consequences*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2006, p. 283.

esenciales: el empleo como una aventura incierta, la creciente desigualdad como un dato conocido, las rescisiones masivas de los contratos de trabajo como una táctica razonable para maximizar el beneficio y la vida al borde de la ruina un hecho para todos salvo para los más ricos o los ya arruinados. A lo largo de casi treinta años, sólo han sido objeto de debate político los detalles de este proceso (¿un incremento marginal del salario mínimo, o ninguno en absoluto? ¿Aviso previo al despido o no? ¿Una transferencia de riqueza a los más ricos que resulta grotesca o una meramente grosera?) ¿Wal-Mart o K Mart?). Desde principios de la década de 1980, ya fuera en tiempos de supuesta expansión económica o de depresión, se estima que 30 millones de estadounidenses, desde trabajadores de la línea de montaje hasta profesionales, han sido expulsados de sus trabajos a jornada completa como parte de una estrategia empresarial. Tres cuartas partes de los mismos o bien pasaron a desempeñar trabajos peor remunerados o bien no han vuelto a trabajar. Aunque las fortunas del 1 por 100 más afortunado del país han seguido un patrón de creciente y ostentosa prodigalidad desde 1980, el salario real medio ha caído durante el mismo periodo, de forma que en 2004 más del 55 por 100 de los empleos disponibles ofrecían sueldos que no superaban los 13,25 dólares la hora y casi el 30 por 100 de la fuerza de trabajo ganaba 10 dólares al día, o menos.

Tal y como demostró la breve comedia de preocupación del pasado verano por las personas que trabajan arduamente y que perciben una remuneración equivalente al salario mínimo de la economía, un «buen salario», en el lenguaje de los políticos y de los columnistas que nunca tendrán que vivir con esta cantidad, estaría constituido por 13,25 dólares (frente al salario mínimo federal fijado en 5,15 dólares). Su valor anualizado para un trabajador a tiempo completo, 27.600 dólares, que apenas sirve para no hundirse en la pobreza a una familia de cuatro miembros, indica mejor lo malditamente «bueno» que ha llegado a ser ese salario. Los defensores de un «salario justo» de todo el país no se atreven a reivindicar esta cantidad, que supone el 59 por 100 de la renta del hogar medio y que constituye un grado de pobreza relativa de acuerdo a los estándares de la OCDE, no sea que se les acuse de una extravagante falta de realismo. Entretanto, los últimos datos muestran que la retribución media disminuye, que la proporción de trabajadores con cobertura sanitaria derivada de su prestación laboral ha caído, y que el número de personas sin seguro sanitario ha crecido hasta alcanzar los 46,6 millones. Los que tiran de sus ahorros para asumir el coste de sus seguros o bien reducen el presupuesto que destinan a su alimentación o bien se endeudan, trasluciendo un enfoque del problema basado en los remiendos que se traduce en la popularidad de los Dollar Menus de McDonald y, hasta que el Congreso lo ponga más difícil, en la insolvencia personal, esto es, un exceso inatacable de diabetes y de deudas.

El peso de la deuda de los hogares, que los economistas consideraban insostenible en la década de 1980 e insondable en la de 1990, actualmente supera la renta disponible en un 31 por 100, lo cual significa que los trabajadores cada vez contraen más deudas tan sólo para mantener un nivel

de vida en declive de modo que o bien están siendo esquilados por prestamistas que les adelantan su sueldo hasta el día del cobro o por las compañías de tarjetas de crédito, o bien se están endeudando a cambio de dejar su coche en un escaparate o de refinanciar su casa en un banco. Todo el que no tiene sabe que hay alguien que sí tiene, al igual que casi todos los que todavía conservan un empleo indefinido conocen a alguna persona que tenía una posición parecida y que fue despedida sin contemplaciones. Si todo esto entrara dentro del campo de la seguridad nacional en lugar de la individual, algún periodista de la prensa sensacionalista lo tildaría de terrorismo.

Louis Uchitelle es un analista económico de *The New York Times*, pero gracias a sus años rastreando las consecuencias que tienen sobre la vida de la gente las decisiones del capital medidas atendiendo al trabajo y al proceso laboral, a los paisajes industriales y comunales, a los estados de alteración y a la movilidad humana, su trabajo es el más preciso y posiblemente el mejor de los que ofrece el periodismo dominante estadounidense sobre la situación del mundo del trabajo y de sus protagonistas. (El periodista del mencionado periódico encargado de cubrir estas cuestiones, Steven Greenhouse, se encuentra tan ocupado halagando a los peces gordos de los sindicatos que, al igual que estos, ve el trabajo estrictamente dentro del encogido ámbito de la sindicalización real o potencial, es decir, una de las partes de una controversia entre instituciones en lugar de una expresión cambiante y multidimensional de la organización de clase y capitalista.) De hecho, es el estatus de Uchitelle dentro del *establishment* liberal lo que torna su libro tan significativo en un momento en el que tanto este *establishment* como algunos sectores de lo que pasa por ser una izquierda en Estados Unidos se encuentran completamente fuera de sí ante un aparente resurgir electoral y, por lo tanto, en etapas avanzadas de negación acerca del auténtico historial del partido, especialmente del impacto económico del clintonismo.

En esta ocasión, el proyecto de Uchitelle consiste en trazar la historia reciente de la inseguridad económica estadounidense, y para exponerla reconstruye la senda del despido masivo permanente en su paso de un acontecimiento perturbador a un hecho aceptado de la vida en poco más de una generación. Ante esta lamentable trayectoria, él mismo cae en cierto romanticismo evocando una época anterior, desde la década de 1890 hasta la de 1970, en la que la trayectoria general, aunque registrara «interrupciones y recaídas» a lo largo del camino, apuntaba hacia una mayor seguridad y no hacia su disminución, y en la que «habíamos decidido como pueblo—gestores, políticos y trabajadores— que la seguridad en el empleo tenía un valor y en la búsqueda de ese valor, nos apartamos de la inseguridad».

Bastarían uno o dos volúmenes de la extensa biblioteca de la historia laboral estadounidense moderna (Louis Adamic, Harry Braverman) o un solo ensayo de W. E. B. DuBois, para demostrar que no es tanto el hecho de la inseguridad sino su rostro lo que es actualmente diferente, y que

toda evocación de un objetivo estadounidense colectivo siempre debe ir entre comillas. Por ejemplo, todavía no contamos con un análisis completo del coste y el carácter de la seguridad que fue adquirida de manera dócil no sólo por los sindicatos, que Mike Davis abordó de manera exhaustiva en *Prisoners of American Dream*, sino en términos generales por varios segmentos de la clase media que ahora parecería haber sido engañada si no fuera por las considerables ventajas que esperaba, por las que presionaba y que recibió a lo largo del camino a la desilusión. Pero *ha* ocurrido algo profundo en el periodo al que Uchitelle dedica sus admirables consideraciones, tal y como vivamente ilustran unos cuantos acontecimientos recientes y un aniversario que ha pasado sin pena ni gloria.

El pasado agosto se cumplieron veinticinco años desde que los controladores aéreos de Estados Unidos se declararan en huelga para protestar por su jornada laboral, por unas condiciones laborales estresantes y por sus derechos relativos a la protección por jubilación; y cuando desobedecieron la orden de vuelta al trabajo dada por Reagan, éste les convirtió en un ejemplo para todos los trabajadores estadounidenses de manera tan efectiva como si hubiera colocado sus cabezas en picas en las puertas de los aeropuertos al despedir a los 11.345 huelguistas. PATCO, el acrónimo de su masacrado sindicato, se incorporó al lenguaje como un significante de una nueva brutalidad en lo que la elegante compañía denomina relaciones entre la fuerza de trabajo y la dirección. La lección cobró una mayor contundencia por el hecho de que en este caso, los estadounidenses desechables tenían un perfil poco propenso al abuso ya que se trataba de profesionales blancos, de empleados públicos cuyo sindicato había sido promocionado por Reagan y de un elevado número de antiguo personal militar sin antecedentes de militancia obrera. En sus piquetes, los letreros imploraban «necesitamos un contrato que permita subsistir», pero Reagan les contestó que se podían morir. Lo hizo como una medida de control y, de este modo, indicó a la dirección de las empresas que eran libres de hacerlo en aras a salvaguardar sus beneficios. La mayor parte de la fuerza de trabajo organizada, con un desarrollo débil y recelosa de la lucha en general y poco inclinada a ayudar a estos trabajadores históricamente distantes en particular, se mantuvo al margen haciendo oídos sordos al canto fúnebre que estaba sonando para su arma más potente, la huelga. En opinión del escritor y abogado laboralista Steve Early, el apoyo más fuerte con el que contaron los trabajadores de PATCO cuando fueron derrotados provino de los controladores aéreos canadienses. Tres años después, la Oficina de Estadísticas Laborales comenzó a contabilizar la destitución de trabajadores*. En 1985 General Electric, si tomamos a una sola compañía, había expulsado a uno de cada cuatro empleados, es decir,

* De acuerdo con el criterio seguido por el Bureau of Labor Statistics del Departamento de Trabajo estadounidense, se define a los trabajadores desplazados como aquellas personas de 20 años de edad o más que perdieron o abandonaron sus trabajos debido a que su compañía cerró o se trasladó, no hubo suficiente trabajo para ellos o su puesto o categoría fue abolida por la empresa tras haber trabajado más de tres años para la misma. [N. de la T.]

118.000 personas. En 2004 Uchitelle calcula que el 7 o el 8 por 100 de los trabajadores a jornada completa del país habían sido despedidos con una frecuencia media de una vez cada dos años; un porcentaje mucho más elevado que el brindado por las cifras oficiales que no incluyen los ceses indemnizados, las jubilaciones anticipadas, el trabajo parcial o temporal estacional, y otras formas de despido camuflado. En opinión de Uchitelle, este porcentaje es «considerablemente alto de tal modo que en un periodo aproximado de quince o veinte años es probable que la mayoría de los trabajadores sufra una experiencia que apenas existía hace treinta y cinco años».

El silencio que envolvió a la sociedad ante cada sucesivo despido –ya se debiera al miedo o a la familiaridad, o alguna tóxica combinación de ambos sentimientos, que dio como resultado final la minusvalía política e imaginativa que actualmente podemos reconocer– es uno de los temas que Uchitelle trata de manera más insistente. Él lo denomina aquiescencia y como si hubiera coincidido para constatar la certeza de su argumentación, los empleados de la industria automovilística han venido cayendo como fichas de dominó a lo largo del sector industrial: 35.000 trabajadores por horas de General Motors han sido cesados con indemnización o forzados a acogerse a una jubilación anticipada; 32.500 de Delphi, el mayor proveedor de piezas de automóviles del país; 30.000 de Ford; 700 de Chrysler a principios de 2006, y un número mayor previsto; cuarenta y nueve plantas de producción relacionadas con el automóvil a punto de ser cerradas o vendidas en 2008; y reducciones salariales del 60 por 100, de hasta 10 y 12 dólares, por la sustitución de trabajadores de Delphi en una disminución de los estándares marcada por pequeños talleres de piezas, donde no existe sindicación, que han florecido en el sur de Michigan a costa del sudor de los inmigrantes. Dadas las asombrosas pérdidas humanas, sería de esperar que «Detroit» –la forma abreviada para referirse a los tres grandes fabricantes de coches y de manera metafórica a la base industrial estadounidense– hubiera ocupado un lugar más central en la retórica electoral a escala nacional del año en curso, pero las semanas precedentes a la votación se ofrecieron análisis más ardientes y más pormenorizados de la derrota de los Tigres de Detroit en el Campeonato Nacional de Béisbol que de la derrota de los 100.000 trabajadores, de sus comunidades y de sus sindicatos.

Los abogados a engrosar la lista de desempleados, constantemente amonestados por aferrarse a empleos «crepusculares» cuando el futuro depende de «readaptarse» para aprovechar la oportunidad que ofrece la alta tecnología, podrían haber tomado nota en especial cuando, poco después del Día de los Trabajadores, Intel anunció que iba a prescindir de 10.500 puestos de trabajo de cuello blanco. Esta noticia despertó tan poca consternación entre la opinión pública como la eliminación el año anterior de 14.500 empleos por Hewlett-Packard. Tal vez porque esto desmiente la panacea de que el obrero industrial será sustituido por el Nuevo Hombre trabajador «del conocimiento» en el maravilloso mundo del silicio de Es-

tados Unidos, la acelerada pérdida de empleos en el sector de la alta tecnología y la concomitante reducción de los salarios reciben únicamente una atención superficial en la prensa. Sin embargo, desde enero de 2001 hasta enero de 2006 el descenso en la mano de obra contratada en el sector de la información fue del 17,4 por 100 (644.000 empleos), y en el diseño de sistemas informáticos así como en otros trabajos relacionados con éste la reducción fue del 8,5 por 100 (105.000 empleos). En el extremo más bajo de la pirámide laboral (que en ocasiones roza los centros de trabajo de superexplotación de mano de obra), la fuerza de trabajo industrial ha registrado una merma todavía más dramática durante el mismo periodo: un 42 por 100 en la producción de equipos de comunicación, un 37 por 100 en la de componentes electrónicos y semiconductores, y un 25 por 100 en la de materiales eléctricos. Tal y como Paul Craig Roberts, antiguo subsecretario del Tesoro durante el mandato de Reagan, observó recientemente en *Counter Punch*, estos declives, además de las pérdidas padecidas en antiguos sectores como el automovilístico, el textil y el caucho, «tienen más en común con un país que experimenta un ataque de saturación que con una “potencia económica”».

Uchitelle sugiere la teoría de que la aquiescencia que él describe guarda cierta relación con una quiebra de la comunidad que data de la crucial década de 1960 y que se vio agravada cuando la desconfianza en el gobierno, la contracción económica, la conmoción por el petróleo, la estancación y el conocido «malestar» de la era de Carter llevaron a la gente a derrocar a Keynes y a abrazar un individualismo maniaco sumiéndose en la «cultura del narcisismo» de Christopher Lash. Esto, argumenta, preparó el camino a Ronald Reagan, a «Neutron» Jack Welch de General Electric*, a «Chainsaw» Al Dunlap de Scott Paper** y a otros caciques corporativos menos descarados en deshacerse de trabajadores en pro de los informes trimestrales de beneficios y de su lucro personal derivado de sus derechos de opción de compra sobre las acciones de sus propias compañías. Si Uchitelle hubiera especificado que entre los fallos de la gente se encuentra la obsesión con la política de la identidad, se hubiera echo eco de la camarilla de progresistas expertos que durante al menos diez años ha reprendido a los negros, a las mujeres y a los *queers* por insistir en sus fastidiosos propios derechos a expensas de una visión sentimental de la comunidad y de una hipotética política populista progresista que podría haber abordado la realidad de manera distinta a esos lamentos, al parecer exagerados y latosos, de los oprimidos. Algunos de estos mismos expertos aconsejan ahora a los demócratas reivindicar el «bien común» y de-

* John Francis «Jack» Welch, fue presidente y director general de General Electric entre 1981 y 2001. A principios de la década de 1980 recibió el apodo de «Neutron Jack», en referencia a la bomba de neutrones, por su capacidad para eliminar a los empleados y dejar intactos los edificios de la compañía. [N. de la T.]

** Albert John Dunlap fue director general de Scott Paper y alcanzó popularidad por acordar el despido repentino y simultáneo de miles de trabajadores ganándose el apodo de «Chainsaw Al» (Al motosierra). [N. de la T.]

sempolvar «un pasado utilizable» (esto es, el liberalismo de la Guerra Fría actualizado) para obtener la victoria en 2008. Resulta incuestionable que un país que deja que la gente muera en los tejados de las casas y en los pasos elevados ha perdido su sentido de lo común. Tampoco resulta convincente que la explicación descansa en cierto egoísmo reconcentrado de la gente ordinaria, y los informes de Uchitelle señalan otras direcciones.

El libro contribuye de manera valiosa a la historia de las rescisiones laborales con una fina disección de casos, entre los que destaca la decisión tomada por United Airlines entre 1999 y 2003 de dejar zozobrar y posteriormente clausurar su gran centro de mantenimiento de vanguardia, financiado con fondos públicos y ubicado en Indianápolis, en lugar de negociar las reivindicaciones con los representantes sindicales de los mecánicos. Paulatinamente, la aerolínea escindió las labores que realizaban 2.400 empleados contratándolas a talleres más pequeños distribuidos por todo el país, menos eficientes y con trabajadores no sindicados, que acabaron contratando algunos de los mismos mecánicos por una fracción de su sueldo anterior. El relato de Uchitelle de los pasos y de los tropiezos del sindicato —una militancia sin un análisis claro del poder que más tarde se rinde y colabora en la tarea de hacer que los trabajadores «se dispersen» dócilmente—, su esbozo del proceso seguido por la compañía para tensar las normas laborales precipitando una crisis que sacrificaría su rendimiento para borrar años de ganancias salariales y su valoración de los intereses estatales presentes en este caso concreto, proporcionan una instantánea reveladora. El gobierno de la ciudad había aportado el terreno y, junto al Estado de Indiana, 320 millones de dólares para la construcción del centro de mantenimiento. El abandono de United dejó a las arcas públicas una deuda de 37,5 millones anuales en pagos de hipotecas y en gastos de mantenimiento por un edificio vacío, sin mencionar la consecuente pérdida de ingresos fiscales y el desempleo originado. No se registró ninguna protesta organizada. Tal y como sugiere una autoridad estatal, si hubiera existido una ética en la que el bienestar corporativo apareciese vinculado a la regulación, la Administración Federal de la Aviación, que ya estableció las reglas para el mantenimiento de la flota aérea, en pro de la seguridad y de la calidad, podría designar ciertas instalaciones concretas, como las de Indianápolis, en las que el trabajo se realizase por mecánicos acreditados, bien remunerados y con protección social, dependientes de una aerolínea a la que estuvieran asignados o de un consorcio. Esta propuesta sumamente razonable de intervención estatal parece impensable más allá de inspirar la furia de Uchitelle, cuya pasión por su objeto de estudio se alimenta precisamente de su fe en esa antigua comunidad de cuidado, ahora traicionada.

Esto es, asimismo, lo que da cuenta de los rasgos más potentes del libro: su hincapié en el coste humano de la desechabilidad de la fuerza de trabajo y su exposición de la falaz acomodación de la Administración de Clinton a ese coste. En su introducción Uchitelle escribe:

Cuando han tenido que enfrentarse a los despidos, todos los presidentes, empezando por Jimmy Carter y pasando por George W. Bush, o bien los han facilitado, o bien se han conformado con ellos, o bien han hecho ambas cosas. No existe una oposición leal.

A pesar de la culpa bipartidista, no cabe duda de que Uchitelle no esperaba mucho ni de Reagan ni de Bush. Apenas dedica un párrafo a la huelga de PATCO y un puñado de referencias dispersas a los Bush. Sin embargo, Clinton merece todo un capítulo y, en efecto, sus resultados en materia de rescisiones laborales son peores que los de Reagan. Durante la expansión de la década de 1990, casi fueron separadas anualmente de sus trabajos en el marco de despidos masivos más personas que en toda la década de 1980. No se destinó ningún esfuerzo a la creación de empleo, a políticas de inversión en pro de un crecimiento económico orientado por el empleo, a la reforma laboral y a la regulación, sino más bien lo contrario. Entretanto, los salarios reales decayeron. Tal y como se muestra en la síntesis del neoliberalismo esbozada por Robert Pollin en *Los contornos del declive*², durante la expansión de la era de Clinton el salario medio por hora para los trabajadores con categoría inferior a la de oficial era (en dólares de 2001) de 13,60 dólares, frente a los 13,91 dólares de los años de Reagan/Bush y los 15,41 dólares de la Edad Dorada de Nixon/Ford. La ira de Uchitelle no se queda ahí. Las exitosas maniobras de Clinton para eludir o encubrir realidades económicas desagradables sin dejar de proseguir políticas destinadas a exacerbarlas constituyeron «un hito en el esfuerzo para hacer desaparecer los despidos en tanto que problema político». Ningún republicano acató jamás el eslogan de «Lo primero es la gente» y Uchitelle está demasiado al corriente del destino de las personas que han quedado rezagadas en último lugar como para perdonar la mentira.

Asimismo, rastrea la trayectoria de los mecánicos de la industria aeronáutica al intentar reconstruir sus vidas, un patrón reiterado en todos sus estudios de caso. En el centro de reinserción profesional, donde todas las personas que solicitan ayuda para encontrar un nuevo empleo deben atender obligatoriamente a las clases sobre la redacción del *currículum vitae* y de cómo afrontar las entrevistas de trabajo, los mecánicos reciben una copia gratuita de una fábula titulada *¿Quién se ha llevado mi queso?* En ella, dos ratones y dos humanos, en igual medida dependientes del queso, se enfrentan a su desaparición y «mientras los humanos [dotados de un cerebro complejo] esperan pasivamente a que el queso reaparezca de algún modo, los ratones se hacen rápidamente con una nueva provisión y encuentran un queso todavía más apetitoso que el anterior». Al final, los humanos aprenden a comportarse como los ratones comprendiendo que el queso no dejará de desaparecer, y que su sustitución

² Robert Pollin, *Contours of Descent*, Londres, Verso, 2005 [ed. cast.: *Los contornos del declive*, Madrid, Cuestiones de antagonismo 35, Ediciones Akal, 2005]

depende del esfuerzo individual. Un final feliz. «Disfruta con el cambio» es la sentencia con la que el autor, el Dr. Spencer Jonson, alienta a los trabajadores desechados.

El gobierno federal aportó 3,1 millones de dólares para la financiación de un programa de reinserción laboral en Marion County, Indiana. Esta medida es la expresión material de la creencia, mantenida tan fervientemente en Estados Unidos como si se tratase de una religión –aunque sin la capacidad de ésta para encantar y socorrer–, en que la recapacitación profesional resolverá el problema de los trabajadores despedidos. El fraude perpetrado a lo largo de los años en el terreno ocupacional en aras a mantener las apariencias y la tapadera política, nunca se llevó a cabo de manera tan entusiasta como en los años de Clinton, en los que el ministro de Trabajo Robert Reich era un incansable adalid de la «recapacitación profesional continua». Durante un cordial programa de radio en abierto emitido entre su elección en 1992 y el inicio de su mandato, Clinton prometió organizar cursos de recapacitación profesional destinados a una herramienta que ya no se usa y para un obrero inerte, esto es, un hombre, como los mecánicos de la industria aeronáutica, situado en la cima de los oficios cualificados para el que la recualificación equivale a una descualificación. Tal y como Uchitelle muestra dolorosamente, esto es lo más habitual. En la práctica, se trata de un régimen de infantilización que da trabajo a un reducido grupo de animados supervivientes de los despidos que dan fe del poder del pensamiento positivo cuando reparten folletos de brillantes colores sobre cómo evitar perder la casa. Recientemente, Northwest Airlines tomó prestada esta táctica, distribuyendo un folleto entre los trabajadores que soportaban un recorte salarial titulado «Restructuring Q&A and Employee Support» («Preguntas frecuentes sobre la reestructuración y apoyo al empleado»). «No tenga reparos en extraer algo que le guste de la basura», aconsejaba. «Compre en tiendas baratas»; «Múdese a un lugar menos caro para vivir».

Los desechados, desperdicios del sistema de mercado y con su autoestima hecha jirones, podrían lógicamente tornarse hacia la religión genuina en la que tal vez encuentren ayuda con la comida, con la factura de la luz, o para obtener otro trabajo, y donde los temas que se traten sean los grandes temas, esto es, la sangre, la traición y lo que un antiguo cristiano evangélico denomina «una poderosa sumisión», el Libro de Job *versus* ¿Quién se ha llevado mi queso? Ninguno de los trabajadores descritos por Uchitelle eligió este camino o, al menos, él no lo subraya. Pero en las misas evangélicas y cristianas que tienen una tradición de testimoniar, es común encontrar congregaciones rezando por una persona en concreto que ha perdido un trabajo o que vive en un coche y que busca trabajo, así como gritando «¡Aleluya, alabado sea Jesús!» cuando se anuncia que otro ha recibido cinco ofertas de trabajo desde que los fieles elevaron sus plegarias, y celebrando encuentros posteriores para recabar mantequilla de cacahuete o sándwiches de Cheeze Wiz además de apoyo mutuo.

En esto encontramos una comunidad que ha florecido de manera coincidente con la pérdida de seguridad de los trabajadores estadounidenses, y si bien su expresión política dominante no es del tipo del *New Deal* que le gustaría a los liberales bienintencionados, tampoco resulta adecuado reducir las motivaciones de sus miembros individuales a una versión de falsa conciencia. Tal y como Uchitelle observa de manera muy convincente, «no existe una oposición leal». En tales circunstancias, cuando un gobierno, independientemente del partido que se encuentre en el poder, deja de atender las necesidades materiales de los ciudadanos, quedan todavía otras necesidades que en efecto un movimiento de masas, distinto de los que la izquierda está acostumbrada a reconocer, ha emergido con fuerza para cubrir. Esto no supone responder a la pregunta central de Uchitelle —¿por qué la aquiescencia?— con algo tan simplista como que «Estados Unidos ha encontrado a Jesús» y la concentración en la salvación personal que esto implica, sino que únicamente se trata de observar que las personas responden de numerosas formas ante el dolor, y que la colectividad no necesita expresarse mediante manifestaciones en las calles o políticas públicas progresistas para existir. De hecho, raramente lo hace.

En realidad, Uchitelle sugiere otra respuesta a esta cuestión basada en el enfoque del «hazlo por tu cuenta» de las personas que efectivamente son retratadas por él. Todas ellas, ya fueran obreros o profesionales, formados en el instituto público o en Harvard, han sido heridas por la experiencia de un despido:

El trauma del despido —lo «incisivo del golpe», como lo expresa el psicoanalista neoyorkino Dr. Theodore Jacobs— hace que las vidas se distiendan, dañando la autoestima, deshaciendo los mecanismos normales de adaptación y erigiendo la clase de barreras emocionales que han impedido a Erin Breen (un mecánico despedido) y a otras miles de personas, quizá millones, reintegrarse de manera enérgica en la fuerza de trabajo en empleos que utilizan de manera productiva su educación y sus habilidades.

Otro psicólogo refiere a Uchitelle que «los despidos disminuyen la capacidad de recomenzar. Son lo contrario de algo que da vida; literalmente, merman la vida». Uchitelle relata las ramificaciones cuantificables de la merma como el hallazgo, por ejemplo, «de que cada vez que cambia un punto porcentual la tasa de desempleo, ya sea hacia arriba o hacia abajo, la tasa de suicidio nacional aumenta o decrece a la par, y de igual modo la frecuencia con que se producen apoplejías, ataques al corazón, se comenten delitos y se registran accidentes», lo que se encuentra relacionado con una presión arterial elevada, el aumento de los dolores de estómago y del insomnio, la mayor ansiedad y el incremento en el consumo de bebidas alcohólicas, del tabaquismo y de los ingresos hospitalarios. Pero la merma que manifiestan sus sujetos es más difícil de medir, como la aversión al riesgo, la quiebra de la confianza y el miedo a una mayor derrota. Si esto lo multiplicamos por los millones de personas que han sido despedidas a lo largo de una generación, le sumamos los cón-

yuges y los niños que han visto a sus seres queridos venirse abajo, añadimos las ciudades grandes y pequeñas que han atestiguado el castigo que acompañó la resistencia ofrecida o que han permanecido encogidas de miedo ante la amenaza de la reprimenda, y lo sumamos todo en el contexto de la historia, ya sea rememorada o sufrida, de la más brutal supresión de la fuerza de trabajo acaecida en el Occidente industrializado década tras década durante siglos, en particular en el sur, es posible que el resultado ayude a explicar, al menos en parte, el modo en el que Estados Unidos ha venido a albergar una comunidad flotante de zombis, con una extraña aquiescencia a la violencia económica.

«Usted necesita imprimir un giro positivo a las cosas», le comentó un profesor de psiquiatría y asesor empresarial a Uchitelle al explicarle por qué el campo de la psiquiatría no va a señalar los despidos como un riesgo para la salud pública. Las compañías que efectúan recortes en su plantilla nunca dejarían a los buenos doctores en la puerta, y nadie obtendría ninguna ayuda en absoluto. La línea adoptada por el psiquiatra también se puede aplicar a un enfoque al que la Administración de Clinton se había adherido desde sus inicios pero especialmente en 1996, cuando aspiraba a ser reelegido en medio de grandes protestas acerca de los salarios de los ejecutivos de las corporaciones, una persistente ira por el NAFTA y lo que una serie de artículos publicados en siete entregas en *The New York Times* describió como «la más pronunciada inseguridad laboral que se registra desde la Gran Depresión». Como respuesta, el Consejo de Asesores Económicos del presidente redactó un borrador de doce páginas de un «libro blanco» en el que se reconocía que se habían producido despidos, pero que no era nada que la expansión económica y la capacitación profesional no pudieran digerir, y se añadían una serie de datos económicos para indicar las líneas tendenciales que ya estaban en curso. Tal y como Uchitelle detalla, no era más que una cortina de humo lanzada justo antes de que la Oficina de Estadísticas Laborales emitiese las cifras de las rescisiones laborales producidas en 1994 y 1995, que mostraban que durante la primera mitad de la década de 1990 se efectuaron despidos en un porcentaje más elevado que en la primera mitad de la de 1980. Tras algunas disputas internas, el borrador final del Libro Blanco recogió que efectivamente «el salario medio real perdido a causa de las rescisiones fue significativo y persistente», pero esto aparecía en la página 10, anegado en lo que no dejaba de ser un torrente de buenas noticias:

«No queríamos enfrentarnos a la idea de que durante el primer mandato de Clinton la inseguridad laboral se había incrementado», recordaba Michael Ash, un joven economista en materia laboral que trabajaba para el Consejo de Asesores Económicos en 1995 y 1996. «Sería una mala estrategia en un año electoral».

Actualmente, los periódicos aclaman a Bill Clinton como «el hombre más popular sobre la tierra» o, en el lenguaje degradado de los comentaristas políticos, una «estrella de rock» que ha estado celebrando su cumpleaños

durante un año en una extravagante fiesta tras otra, amasando una fortuna para su fundación privada y para las futuras ambiciones de sus esposa, que es otra «estrella de rock». El mito de los «buenos viejos tiempos», alentado fuertemente por las desagradables realidades de una guerra que Hillary Clinton contribuyó a autorizar, les encumbra a las alturas. La personalización pueril de la política que desde las elecciones de 2004 sólo se ha visto intensificada es capaz de cegar a grandes franjas de la «izquierda liberal» ante la putrefacción estructural existente más allá de las figuras de Bush-Cheney-Rumsfeld. Uchitelle, con su narración de una clase obrera desplazada que difumina las antiguas definiciones de clase, es un aguafiestas para el partido que se caracteriza por una oposición sin contenido.